



## LAS SALAS DE ASILO.

No ois el viento que corre; el cierzo es duro para los pobres, el frío por todas partes estiendo su helado manto; he pensado, niños, que haria bien en dejar á un lado las historias que os cuento, para hablaros de tantos pobres niños como vosotros que tienen frío y que tienen hambre.

¡Ay! vosotros tan felices, vosotros que rodeados de tantos cuidados y de tanto amor, vosotros que al acostaros por la noche, hallais una cama muy blanda, y que al despertar por la mañana encontrais preparado vuestro almuerzo; vosotros no echais cuenta, que no lejos de vosotros, allá arriba, quizás en la boardilla de la casa que habitais, una familia indi-

gente carece de pan y de fuego; allá arriba quizá, una pobre madre, forzada á salir todos los días de su casa para ganar con el trabajo de sus manos el pan de su familia, no sabe qué hacerse con sus hijos. ¿Dónde los dejará durante todo el día? ¿Quién cuidará de ellos si los abandona? No tiene en casa nadie que cuide su familia, ni una abuela anciana á quien confiar sus hijos, ni una buena vecina que no los pierda de vista; porque el pobre vive con el pobre, y en esas tristes casas de la indigencia, cada habitante se ve obligado á ganar su vida día por día, hora por hora. ¡Oh! qué de pobres madres, que el trabajo saca de su casa, y al mismo tiempo se ven retenidas por sus hijos, se han visto en la cruel necesidad ó de morir de hambre, ó de abandonar á sus hijos, cruel y dura alternativa!

Y por otra parte el niño no puede quedarse solo. Es un pequeño ser sin prevision y sin fuerza, que no se puede abandonar á sí mismo. Tiene necesidad de un ojo vigilante que lo observe: tiene necesidad de una sonrisa que atienda á animarlo cuando se conduce bien, ó de una mirada severa que le contenga. Dejar á un niño enteramente solo es perderlo. Enteramente solo aprende el niño á no amar á sus semejantes, se entristece y hace moroso, está mas triste que un huérfano, porque él duerme cuando su madre vuelve del trabajo, y al día siguiente está durmiendo todavía. Además está escrito en el Evangelio: *no conviene que el hombre esté solo*, y con mas razon un niño.

¿Pero como aliviar á esta pobre madre que no puede permanecer en casa, y que no puede llevarse consigo á sus hijos? ¿Cómo favorecer á los hijos del pobre, que no tienen en su casa ni lumbre ni pan, ni nadie que los quiera, los instruya y los socorra durante el día? Tranquilizaos, niños, la caridad es ingeniosa, la beneficencia es una buena salvaguardia del pobre. La beneficencia, la caridad han inventado para los niños de los pobres *salas de asilo*. Voy á deciros lo que es una sala de asilo á fin de que os mostreis afables á vuestros hermanitos que son desgraciados.

En Francia y en Inglaterra, en las grandes poblaciones, en las ciudades, en las aldeas, se ha inventado señalar para los niños pequeños que no tienen casa suya, una casa sino rica, al menos bien cerrada y bien abrigada en invierno, con buena luz en estío y sana en todas las estaciones. Esta casa es un verdadero eliseo para pobres niños habituados á la obscuridad de un cuarto piso, que son verdaderas prisiones, y en calles estrechas y malsanas. Esto es lo que se llama *salas de asilo*. Cada una de estas casas, está gobernada ó por un viejo inválido, buen hombre que quiere los niños por instinto, como quiere á su perro de aguas, ó por alguna buena muger agila, dispuesta,



amable y viva, que por este medio se convierte en la madre de todos los pobrecitos de su aldea. Todas las mañanas el padre que va á trabajar al campo por todo el día, la madre que sigue á su marido tambien al campo, conducen su hijo á la sala de asilo. Allí el pequeño niño se despidе de su madre por todo el día, y al mismo tiempo entra en su casa, en su palacio. La casa está enteramente dispuesta á recibir su pequeño señor, su amo. Este entra: se ve entre niños como él. Ya empieza la sociedad para estos niños que estaban destinados á vivir solos. Se miran, se entienden unos con otros, en breve son amigos, ponen en comun su pobreza, dividen entre sí su frugal desayuno, realizan este hermoso dicho de *yo te doy de cualquier cosa que tengo, tú me darás de cualquier cosa que tengas*.

Y allí en esa sala de asilo, esos niños tan pobres por la mañana, ricos al presente, no tienen mas que disfrutar de su felicidad. Juegan, cantan, retozan de todos modos, rodean á la buena muger que les sirve de madre, y que les cuenta las bonitas historias que ha aprendido; mientras tanto el padre y la madre tranquilos sobre su suerte, trabajan con todas sus fuerzas dichosos en pensar que el niño se entretiene, que crece cuidado, que no tiene frio, que se divierte, que no tiene hambre. Oh! el corazon de una madre es un tesoro! pobre ó rica siempre es madre, tiene siempre el mismo amor á su hijo.

Ved ahí lo que es una sala de asilo. Un local abrigado en invierno, y con sombra en el verano. Hay muy pocas salas de asilo que no tengan delante de su puerta algun árbol frondoso, algun bello tilo cargado de flores para dar sombra á los niños, y cubrirlos, con su ramage. Gracias á esta interesante institucion, el niño del pobre, tambien él, conoce la primavera florida; él respira, canta, crece, se anima como todos los otros niños, no sabe lo que es la miseria, es tan feliz como puede serlo un niño; tiene aire, flores, sol y amigos de su edad.

En España tambien tenemos salas de asilo. Una porcion de hombres filantrópicos amantes de la humanidad se reunieron en 1837 bajo la escitacion del marqués de Pontejos que tantos beneficios materiales prestó al pais durante su corta administracion como gefe político de Madrid, y establecieron una sociedad para mejorar la educacion del pueblo, y su primer cuidado, su primer afan, fue el fundar las salas de asilo á imitacion de las establecidas en Inglaterra y Francia. El Director de este periódico fue uno de los individuos de la junta directora de la sociedad hasta que marchó al extranjero á consecuencia de los trastornos políticos de 1840. Seis escuelas de párvulos ó salas de asilo habia establecidas entonces en Madrid y es de esperar que esta santa y benéfica institucion se generalice á todas las ciudades del Reino.

Sabeis las calamidades que esperan al niño que es pobre? Estas calamidades son horribles. Cuantas veces he visto pobres niños en la audiencia, en el tribunal, ese inmenso edificio, todo lleno de jueces, de abogados, de porteros y de procuradores. Allí se controvierten todos los intereses grandes y pequeños, allí se pleitea frecuentemente al mismo tiempo, por el valor de una corta suma, y por la vida de un hombre. Un día en una de las salas del tribunal, en medio de los ladrones, rateros falsarios y otras heces de la sociedad, ví pobres niños que aguardaban que les llegase su turno de ser juzgados y condenados. Os aseguro que harán un terrible contraste en las cárceles con los horribles vagamundos que están en ella, sucios, asquerosos y que sin embargo, apesar de ellos, y quizás sin saberlo, darán una mirada compasiva, inesplicable á los niños. Aquellos bandidos sin fé ni ley, sin casa ni hogar se preguntarán unos á otros que habrán hecho pues, aquellas inocentes criaturas para ser conducidos como ellos ante el juez sentado en su terrible tribunal.

La mayor parte de esos infelices niños, son allí conducidos mas víctimas del abandono de sus padres que del crimen.—Acusados están de raterías, de heridas causadas en pedreas, y otros delitos que no cometerian si desde muy temprano los hubiesen sus descuidados padres enviado á la salas de asilo, y allí hubiesen aprendido el temor de Dios, y la sumision al poder de la sociedad, y á estar recogidos en vez de vagar en las calles aprendiendo el vicio, antes de poder tener ideas de la virtud, y siendo criminales tal vez aun antes de tener ideas de la justicia. En las salas de asilo, reciben las primeras nociones de nuestra santa religion, y yo he visto al salir de la sala de asilo de San José, á una jóven madre viuda, entrar con sus dos hijos á orar ante la imagen sagrada de la Virgen, en la iglesia de Monserrat, y enseñar á sus inocentes criaturas á bendecir á los que tomaban un maternal cuidado por ellos, dejándola el tiempo para poder ganar para ellos á costa de su trabajo un pedazo de pan.

Mientras mas vayais siendo mayores, amables niños, mas vereis que frecuentemente los mayores servicios hechos á la humanidad han sido producto de los medios mas pequeños. El primero que ha inventado establecer una cama para el enfermo sin asilo ha hecho una accion mas grande y mas útil que los reyes desconocidos que levantaron las pirámides de Egipto como montañas facticias, vanas tumbas que ni aun han guardado el cadáver de su fundador. Una fuente en un camino cubierto de polvo, que ofrece un hilito de agua clara al sediento viajero, es frecuentemente un beneficio mucho mayor, que esos fastuosos monumentos de mármol, grabados con letras de oro. No es suficiente hacer el bien, es menester tambien saber hacerlo; es



decir hacerlo á propósito, sin ostentacion, sin vanidad, simplemente como el bien debe hacerse. Asi la primera institucion de las salas de asilo, es una de las fundaciones mas útiles y menos costosas que ha encontrado la filantropía. Formar un hospicio para los viejos, cuya vida está gastada y que no encuentran donde morir, es una idea sublime; abrir un asilo á la infancia que no encuentra donde crecer es una idea al mismo tiempo útil y sublime. El anciano es de la sociedad lo ya pasado y esta le debe toda su proteccion; el niño es la primavera del año, el porvenir del mundo, que debe cuidarlo con toda su sollicitud, y prestarle todo su apoyo.

Vosotros, los niños felices y ricos, que teneis vestidos y pan y una cama bien caliente y las mas tiernas caricias maternas, acordaos de vuestros hermanos que tienen frio, que tienen hambre, y mandad vuestra corta limosna á las salas de asilo. Haced que vuestros padres se suscriban á tan sublime establecimiento. Cuando paseis alguna vez por la calle de Atocha al volver del paseo del Prado entrad en lo que fué un tiempo convento de beatas de San José y allí vereis las salas de asilo !!!

M.

### EDUCACION DEL DUQUE DE BORGÑO.

El retrato que todos los historiadores nos han dejado del carácter que el duque de Borgoña (nieta de Luis XIV y discípulo de Fenelon) habia sacado al nacer era que este á su ánimo indomable, orgullo irritante, inclinaciones irascibles ya todas las pasiones violentas, unia mucho talento natural y una estremada aptitud para adquirir gran variedad de conocimientos, lo que podia hacer su carácter todavia mas fatal al reposo y felicidad de los hombres.

No tiene duda que un niño de siete años no podia todavia haberse mostrado bajo formas tan temibles; pero es preciso que hubiese dejado entreveer desde su primera edad, y durante los primeros años de su educacion, todo cuanto habia que temer de él, puesto que los que han preconizado con la mas justa admiracion el cambio que habia experimentado, recordaban todavia con cierta especie de terror lo que habia sido.

«El duque de Borgoña, dice M. de San Simon, nació terrible y en su primera juventud hizo temblar. Duro, colérico hasta los últimos extremos contra las cosas inanimadas, impetuoso con furor, incapaz de sufrir la menor resistencia, ni aun de las horas y de los elementos, sin entrar en arrebatos que hacian temer

un destrozo en todo su cuerpo excesivamente terco, apasionado á todos los placeres, á comer bien, á la caza con furor, á la música con una suerte de arrebató, y al juego también, en el que no podia soportar ser vencido, y donde con él era inminente el peligro; en fin entregado á todas las pasiones, y transportado por todos los placeres; frecuentemente feroz, naturalmente inclinado á la crueldad, bárbaro en sus chanzas, empleando el ridículo con una exageracion que abrumaba. Desde la altura de los cielos, los hombres le parecian átomos con los que no tenia semejanza alguna cualesquiera que fuesen. Apenas los príncipes sus hermanos les parecian intermediarios entre él y el género humano, *aunque siempre se habia afectado criarlos en una igualdad perfecta.* El talento, la penetracion lucian en él por todos lados, hasta en sus arrebatos; sus réplicas admiraban; sus respuestas se encaminaban á lo exacto y profundo; aun en sus errores jugaba con los conocimientos mas abstractos y la atencion y la viveza de su ingenio eran prodijiosas y le impedian aplicarse á una sola cosa á la vez hasta hacerlo incapaz de adelantar en ella.»

Ved aqui el niño que fué confiado á Fenelon; todo era de temer con semejante carácter, todo se podia esperar de un alma que anunciaba tanta energía.

Tanto talento, y tal fuerza de ingenio en union con tal sensibilidad, tales pasiones, y todas tan ardientes no eran tan fáciles de educar. El duque Beauvilliers, que conoció exactamente las dificultades y las consecuencias se superó á sí mismo, por su aplicacion, su paciencia, la variedad de sus remedios. Fenelon, Fleuri, algunos gentiles hombres, Moreau, primer ayuda de cámara, muy superior á su estado, algunos otros pajes de lo interior el duque de Chevreuse solo de afuera; todos fueron puestos en juego y todos con el mismo espíritu trabajaron cada uno bajo las instrucciones del preceptor, cuyo arte desenvuelto en una esposicion sería una obra igualmente curiosa é instructiva. El prodijio consiste en que á muy poco tiempo se habia convertido en otro hombre, y tan temibles defectos se cambiaron en virtudes enteramente contrarias. De este abismo salió un príncipe afable, manso, humano, moderado, sufrido, modesto, humilde y austero para sí, todo entregado á sus obligaciones, y comprendiendo lo inmensas que eran; no pensó mas que en conciliar los deberes de hijo, y de súbdito con los que estaba destinado á llenar.

Mas que cuidado, cuanta atencion y paciencia, cuanta delicadeza y variedad en la eleccion de los medios no fué necesaria para efectuar una revolucion tan extraordinaria en el carácter de un niño, de un príncipe, de un heredero del trono!

El niño confiado á los cuidados de Fenelon estaba llamado á reinar, y Fenelon veia en este niño veinte millones de hom-



bres que esperaban su dicha ó su desgracia del éxito de sus cuidados; así solo se impuso una sola regla, cual era observar á cada momento al príncipe, seguirle con una atencion lenta y paciente todas las variaciones y todos los estravíos de su temperamento fogoso, y hacer resaltar siempre la leccion de la falta misma.

Para el duque de Borgoña escribía Fenelon fábulas que tenían referencia casi siempre á un hecho que acababa de pasar. Mas no era dado al preceptor dominar de pronto un carácter imperioso que se revelaba frecuentemente contra la mano paternal atenta á poner un freno á sus furores.

Cuando el jóven príncipe se entregaba á esos escesos de cólera y de impaciencia, á los cuales su natural irascible lo hacia demasiado propenso, todos se concertaban entonces, para observar con él un profundo silencio. Se limitaban á ofrecerle los cuidados y los socorros necesarios á su conservacion. Se le retiraban todos sus libros, que en el estado deplorable á que se hallaba reducido se le hacian inútiles, y se le abandonaba á sí mismo, á sus reflexiones, á sus remordimientos. Entonces el jóven príncipe se abochornaba de sí mismo; en su aislamiento y en su soledad, venia á echarse á los pies de su maestro, depositar en su corazon la firme resolucion de tomar mas imperio sobre sí mismo y regar de lágrimas las manos de Fenelon que lo estrechaba contra su pecho, con el tierno afecto de un padre compasivo, siempre accesible al arrepentimiento.

En estos combates tan violentos de un carácter impetuoso con una razon prematura, parecia desconfiar de sí mismo el jóven príncipe, y llamaba al *honor* por garante de sus promesas. Se conservan todavia los originales de esos dos compromisos de honor, que depositó en las manos de Fenelon.

«Prometo, bajo palabra de príncipe á el señor abate de Fenelon, hacer al momento lo que me mande, y obedecerle en el instante que me prohiba alguna cosa; y si falto á ella, me someto á toda suerte de castigos y de deshonor.

Firmado en Versalles el 29 de noviembre de 1689.

FIRMADO LUIS.

«Luis, que prometo de nuevo cumplir mejor mi palabra. El 20 de setiembre.»

«Ruego al señor de Fenelon fie en mi palabra de honor.»

El príncipe que suscribia estas obligaciones de *honor* notenia todavia mas que ocho años y ya conocia la fuerza de esta palabra mágica: *honor*.

El mismo Fenelon no estuvo libre de los repentes coléricos de su discípulo. Se nos ha conservado la relacion del modo como se condujo Fenelon en una circunstancia delicada. Habiéndose visto forzado á hablar á su discípulo con cierta severidad

que exigia la naturaleza de la falta de que se habia hecho culpable, el jóven príncipe se atrevió á responderle, *nó, nó señor yo se quien soy y quien sois vos!* Fenelon no respondió una palabra. Al dia siguiente, apenas hubo despertado el jóven príncipe cuando entró Fenelon en su cuarto: «No sé señor, dijo, si recordais lo que me habeis dicho ayer; que *sabeis quien sois y lo que yo soy*; mi deber es enseñaros que ignorais lo uno y lo otro. Pensais pues señor ser mas que yo; algunos criados sin duda os lo habrán dicho yo no temo deciros, puesto que me obligais á ello, *que soy mas que vos*. Comprendeis bien que no se trata aquí del nacimiento, pues tendriais por un necio al que pretendiese atribuirse un mérito porque la lluvia ha fertilizado su sembrera, sin regar la de su vecino. No seriais vos mas discreto si quisiérais envaneceros con vuestro nacimiento que nada añade á vuestro mérito personal. No podeis dudar que soy superior á vos en luces y conocimientos. Vos no sabeis lo que yo os he enseñado, y lo que os he enseñado, nada es comparado con lo que me resta enseñaros. En cuanto á la autoridad, ninguna teneis sobre mí, y yo por el contrario la tengo plena y completa sobre vos. El Rey os lo ha dicho muchas veces. Creeis tal vez que me tengo por muy feliz por el empleo que ejerzo á vuestro lado; desengañaos tambien, señor, solo lo he aceptado por obedecer al Rey, y de ninguna manera por la penosa ventaja de ser vuestro preceptor, y para que no dudeis de ello voy á conducirlos al cuarto de S. M. para suplicarle os nombre otro, que deseo sea mas feliz que yo en sus esmeros y cuidados!

El duque de Borgoña, que la conducta seca y fria de su preceptor, despues de la escena de la víspera, y las reflexiones de una noche entera, pasada en remordimientos y ansiedad habían llenado de pesar, quedó aterrado con esta declaracion. El quería á Fenelon con todo el afecto de un hijo, y ademas un amor propio y un sentimiento delicado sobre la opinion pública le hacian ya presentir todo lo que se pensaría de él, si un preceptor de el mérito de Fenelon se veia forzado á renunciar á su educacion. Las lágrimas, los suspiros, el temor, la vergüenza, apenas le permitieron pronunciar estas palabras mezcladas á cada instante de sollozos; *Ahl señor, he sentido infinito lo que ayer ha pasado, si hablais de ello al Rey me hariais perder su amistad.... si me abandonais, que se pensará de mí! Os prometo..... os prometo que no tendreis por que quejaros de mí.... pero prometedme....*

Fenelon nada quiso prometer: lo dejó un dia entero en la inquietud y en la incertidumbre. Solamente cuando ya estuvo bien convencido de la sinceridad de su arrepentimiento, cedió á sus nuevas súplicas y á las instancias de Madama de Maintenon.



Lo demas de la vida del duque de Borgoña ha hecho ver que aquel príncipe que de todos los príncipe ha sido el menos adulado por sus preceptores, el príncipe á quien se han dicho las verdades mas fuertes, y mas severas en su infancia, y en su juventud, ha sido el que ha conservado mas tierno reconocimiento á los hombres virtuosos que habian dirigido su educacion.

### EL PERRO DEL PASTOR.



A ocho leguas de Ginebra, en esa Suiza tan bella, tan rica, tan imponente, tan agreste, donde se ven tan altas montañas y tantos precipicios á cuya profundidad no alcanza la vista, donde la naturaleza de los habitantes no es menos buena que la naturaleza del terreno, hay una aldeita llamada Biere, compuesta de cerca de cuatrocientos habitantes, casi todos agricultores ó pastores. Vense allí pocos brazos desocupados: todo el mundo se entrega al trabajo mas asiduo, escepto algunas fa-

milias en muy corto número, que gozando de una renta muy decente se han retirado á Biere, atraídas por la bondad proverbial de los habitantes, por la baratura de las cosas usuales de la vida, y por la belleza de la situacion del terreno. Y aun tambien las familias de los que disfrutan renta tienen su huertecito que cultivar, su vaca que ordeñar, y de la que sacan una manteca esquisita, y queso de crema, que os chuparíais los dedos, estoy cierto, mis buenos amigos; porque os gusta el queso de crema, no es así?

En Biere, pues, vivía un anciano pastor, que despues de haber tenido numerosos hijos, que habia criado en el temor de Dios y el amor del prógimo, los habia visto á todos bajar uno despues del otro á la tumba. En fin en el momento que hablo no le quedaba mas que uno, un rollizo mozo llamado Jorge, de edad de diez años, y que sustituia á su padre, cascado y casi enfermo, en la custodia del ganado.

El anciano Metral (este era el nombre del pastor) no habia querido abandonar á su hijo solo el cuidado de sus ovejas, que eran treinta, esto es un caudalito, que hubiera sido imprudente confiar á un niño de diez años. No porque el anciano pastor tuviese miedo de ladrones; no los hay en las aldeas suizas: todo el mundo encuentra allí en que ganar su vida, y los habitantes son muy pobres para atraer los malhechores de los otros paises.

Mas, en recompensa, los lobos son muy comunes en Suiza, y el pastor Metral, los temia todavia mas por su hijo, que por sus corderos. Por eso habia dado á Jorge un compañero. Este era un buen perro, fiel, valiente, fuerte y sumiso, que no habria retrocedido delante del lobo mas lozano, y que habria acabado con él. Dig, que tal era su nombre, habia hecho sus pruebas, y se le habia confiado sin duda el rico rebaño de la aldea.

Habeis visto en vuestros paseos, niños míos, esta especie de perros, que llaman *perros de pastor*; habeis debido notar con qué regularidad, qué orden, qué exactitud, qué vigilancia, custodian el ganado confiado á sus cuidados. El pastor no tiene necesidad de poner la menor atencion; solo está allí para servir de guia; el verdadero dueño del rebaño es el perro. Pasando alternativamente de derecha á izquierda, de la cabeza á la cola del regimiento, cuida que ninguno de los carneros se separe ó se quede atras de sus camaradas. Luego que descubre que uno se aparta un poco mas de las filas, corre hácia él, le muerde en la punta del rabo, y en el momento el indisciplinado cuadrúpedo se agrega pronto y todo avergonzado con los otros.

Los carneros conocen su perro como los niños conocen su ama. Si el perro es severo, el rebaño caminará siempre en orden; si es indulgente, el rebaño abusará de su indulgencia para separarse de su camino. En los animales como en los hom-



bres hay un instinto de malicia y una tendencia á abusar de la indulgencia que se tiene con ellos.

En las campiñas que rodean á Madrid se podria en rigor, pasar sin perros: con un poco de atencion y de vigilancia, el hombre encargado en la guarda del ganado les seria facil conducirlos; pero no es lo mismo en muchos paises donde la abundancia de lobos no puede ser mas funesta al ganado. Alli, los perros de pastor no solamente son útiles porque tienen mucho valor y vigilancia, sino tambien porque los lobos, que los sienten que los temen, vienen rara vez á atacar los ganados que están bajo la vigilancia de esos buenos y fieles guardianes.

Vuelvo á Jorge el pastorcillo de Biere.

Habiendo una larga enfermedad arrebatado al anciano Mentrál, su pobre niño se encontró á once años, solo, sin padres, sin nadie que dirigiese su juventud. Una vieja, que vivia en la casa donde cuidaba de las vacas de la lechería, y de todo lo del caserío; era la sola persona que le quedaba, y que pudo llenar un tanto el hueco de los padres que habia perdido.

Mas el habito del trabajo habia dado á Jorge un ánimo y una razon superior á su edad. Despues de los primeros dias consagrados al dolor, conoció que no era este el momento de dejarse abatir y que para no dejar que se deteriorase el pequeño capital, que su padre le habia dejado, era necesario ocuparse en hacerlo producir.

Dejó pues la casa al cuidado de la vieja Maturina, y solo se ocupó de su ganado, que conducia á los mejores pastos. Se le pasaban tambien muchos dias sin volver á casa. Cuando habia encontrado un buen sitio para sus corderos, se retiraba de noche con ellos á una chozilla de queseria y pasaba algunas veces así una semana entera, siempre bajo la custodia de Dig, que no le dejaba un instante.

En una de sus escursiones, se habia encontrado con un niño de poca mas edad que él. Este niño no era de la aldea, pero habia algun tiempo que venia todos los dias al monte en que Jorge apacentaba su ganado. Confiado como los de vuestra edad, lo que niños míos es frecuentemente una desgracia, habia estrechado el pastorcito amistad con el jóvenaventurero, y habia venido á no poderse separar de él, en tales términos que le habia dicho un dia: «tú tienes algunos quehaceres, pues ¿me dejas todos las noches.» ¡Yo? nada absolutamente tengo que hacer, habia respondido el otro.—Tendrás padre, madre, parientes, á cuyo lado estás obligado á volver diariamente.—No tengo parientes, y soy dueño absoluto de mí mismo.—Como yó, habia dicho Jorge suspirando.—Sí, pero yo no tengo como tú casa, ganado, y comodidad.—Pobre Pedro!—He venido á este pais para haber de colocarme en calidad de criado de campo y conductor

de los animales, y no he podido aun encontrar nada. Me he presentado en mas de diez partes, y no necesitan á nadie. —Pues bien! habia dicho Jorje, quédate conmigo. Me ayudarás á guardar mis carneros; cuando yo me quede en la choza, te quedarás conmigo, y cuando en casa, partiremos mi cama. En cuanto al alimento, no eres melindroso, no es verdad? Comerás como yo el pan y el queso, de que siempre tengo amplia provision, y mientras te convenga no tendrás necesidad de buscar acomodo.

Pedro habia aceptado sin detencion la oferta del pastorcito; mas habia en este negocio alguno que no habia sido consultado, y á quien no le parecia conveniente este arreglo. Este era Dig. El perro habia visto con disgusto la llegada de un extraño á la choza de su amo.

Habia dado veinte vueltas al rededor de él, olfateando y mirándole con desconfianza, y nunca queria sufrir que Pedro lo acariciára.

Hacia un mes que los dos amigos vivian juntos, cuando Jorje esperiméntó una pérdida que lo puso de muy mal humor. Uno de sus borregos, el mas gordo, el mas hermoso, desapareció durante la noche. Sin embargo, ningun rastro de sangre indicaba que hubiese sido devorado por un lobo; y ademas de que habria sido muy difícil á uno de esos animales, introducirse en la casilla. Dig estaba siempre allí, y habria despertado al menor balido que hubiese dado uno de los animales del rebaño. ¿Cómo pues, habia podido desaparecer aquel borrego? Despues de haberse fatigado en conjeturas, Jorje al fin se consoló, y no volvió á pensar en ello. Pero desde aquel momento, el perro parecia detestar todavia mas al comensal de Jorje; sus ojos manifestaban ira cuando miraba á Pedro, y no queria jamás comer, cuando era éste el que le ofrecia alguna cosa.

Lo mas extraordinario, es que despues de la desaparicion del borrego, Dig, que debia haber aumentado su vigilancia, tenia mucha menos que antes. El que hasta entonces no dormia mas que dos ó tres horas cada noche, roncaba ya toda la noche entera. Jorje estaba aturdido de ver esta falta de zelo; cada vez que despertaba, llamaba á Dig, y siempre Dig, estaba dormido; su amo se veia precisado á zamarrearlo para hacerle abrir los ojos. Con esto se enfadaba mucho el jóven pastor, que no sabia como esplicar la conducta de su perro. Asi es que Jorje dormia lo menos posible, y se levantaba muchas veces en la noche, para reconocer los alrededores de la casilla.

Una noche que mas fatigado de lo ordinario, estaba sumido en un profundo sueño al lado de su perro, que tampoco hacia el mas mínimo movimiento, y parecia estar aletargado, se levanta Pedro con mucho silencio, se apodera de una oveja, le comprime el hocico para impedirla que dé el menor balido,



y sale con paso de lobo; mas apenas está fuera de la casilla, cuando Dig se levanta sobre sus cuatro pies, asoma la nariz á la puerta, y viendo á Pedro escurrirse prontamente con su robo, se pone á seguirlo haciendo el menor ruido posible. Luego que Pedro está á cincuenta pasos de la casilla, se presenta Dig delante de él, y clavando en él sus dos ojos que arrojaban centellas, lo dejó inmóvil en su puesto, sin que el miserable se atreviese á moverse. Entonces el perro se abalanzó á él, le derribó, y para quedar bien cierto de que no se escaparía, le mordió horriblemente una pierna con sus agudos dientes.

Los lamentos profundos del infeliz, no aplacan la cólera del perro, que no abandona su víctima, hasta que está privado de conocimiento, y en estado de no poderse menear del sitio.

Entonces vuelve á la casilla con la oveja, despierta á su amo tirándole de la chupa, y con su espresiva pantomima lo estimula á que lo siga fuera.

Luego que Jorje se pone en pie, el perro lo guia al sitio en donde ha dejado á Pedro desmayado. A la vista de su amigo, tendido á aquellas horas, lejos de la casilla y bañado en su sangre, Jorje no sabe qué pensar. ¿Cómo Pedro está allí? ¿cómo se encuentra en este estado? ¿cómo lo sabe Dig, y como es que no ha defendido á su amigo? Cuando el herido volvió en sí, cesaron todas las incertidumbres de Jorje, porque Pedro confesó él mismo su crimen, y el rudo castigo que fue su consecuencia.

—No es este el momento de reprehensiones, dijo Jorje, primero es menester curarte, y le ayudó á entrar en la casilla, donde le cuidó como á un hermano, hasta su completo restablecimiento. En seguida le dijo:

—Eres un malvado y un ingrato, Pedro; todo lo habia partido contigo, y tú has abusado de mi confianza para robarme. Mas yo te perdono; solamente es menester que nos separemos. Toma este pantalon para reemplazar el tuyo, que Dig ha hecho pedazos. Este es el saco en que he puesto un pan de ocho libras y un queso, y estos son algunos reales para que tengas tiempo de encontrar trabajo. Vete lo mas lejos posible, y procura ser hombre de bien.

Pedro se fue sin responder una palabra, Jorje lloraba y acariciaba á su perro.

Ved aqui, amables niños las consecuencias del mal proceder. Inspira aversion hasta en los mismos animales !!

## LOS FANALES.



¿Qué es un fanal? preguntarán desde luego nuestros jóvenes lectores (y este es el mayor número) aquellos que no co-

nocen ni los puertos de mar, ni los monumentos que allí se acostumbra encontrar. Un fanal es una luz que se mantiene en ciertas playas para anunciar á los navegantes la proximidad de los escollos, y de las rocas sobre las cuales podian encallar durante la noche. Comprendeis que esta luz debe estar situada en un lugar muy elevado para que se pueda ver desde lejos; comprendéis igualmente que estas grandes lumbreras deben estar puestas al abrigo de las lluvias y de los vientos terribles, cuya violencia, no permitiria tenerlos encendidos durante la tempestad, es decir, cuando son mas necesarios. Porque hay ciertas rocas sobre las cuales vienen los buques á estrellarse hace ya muchos siglos, y donde son tan comunes los naufragios que seria imposible decir su número.

Para preservar los marineros de esos desastres se ha formado entre otras una sociedad que se llama, *La comision de Faros del norte de la Gran Bretaña* es la mas antigua y la que dió el primer impulso al establecimiento de los faros. El servicio de los comisionados de los Faros del Norte es tanto mas honroso cuanto sus empleos son gratuitos. Esta comision fue instituida en 1386 por Jorge III, rey de Inglaterra. Se componia de los principales magistrados del reino. En pocos años, ocho de los principales promontorios de las costas del Este y del Oeste, vecinas á las islas Orcadas fueron provistos de faros ó fanales; en fin varios ahorros se reservaron de los fondos destinados á este uso para erigir un fanal en *Bell-Rock*, uno de los escollos mas temibles de las costas de la Escocia. La roca á la cual se ha dado este nombre, está situada en el fondo de un golfo inmenso, delante de la embocadura del Tay y del Forth. Este escollo es tanto mas peligroso cuanto no se ve sino en la baja mar. Se asegura que á fin de apartar á los navegantes de esta cordillera de rocas, hicieron los monges desde el siglo quince suspender una campana sobre esa roca y por eso se la llamó *Bell-Rock*, pues *Bell* es una palabra inglesa que significa campana.

En el invierno de 1799, una estraordinaria tempestad arrojó un gran número de buques sobre las costas del norte. Muchos se habrian salvado si hubiesen encontrado sobre *Bell-Rock* un fanal para indicar la entrada de los golfos del *Forth* y del *Tay*; desde entonces se atendió seriamente á reunir fondos para esta vasta empresa. Los trabajos no se principiaron hasta 1807, despues de haber obtenido la aprobacion del parlamento.

Para echar los cimientos de este edificio no se podia trabajar sino en las menguantes de las grandes mareas, y durante dos ó tres horas á lo mas. Mientras tanto se habia hecho andar cerca de *Bell-Rock* un buque que servia de faro para los navegantes y de habitacion para los trabajadores que debieran reti-



rarse á el cuando el agua cubriese la roca. Este buque tenia tres mástiles desiguales, cada uno de ellos rodeado de una linterna circular con seis lámparas.

Habiendo sido abiertos los cimientos en la roca fue colocada la primera piedra el 10 de julio de 1808. En 1810 se puso tanto órden y presteza en los trabajos que en el mes de octubre se habia concluido todo lo que era de cantería.

Este edificio es de una forma circular, y va gradualmente disminuyendo de circunferencia. Su total altura es de treinta y cinco metros. La puerta de entrada se encuentra cerca de nueve metros por encima de la parte maciza. Se llega hasta esta puerta por medio de una escala con los largueros de cuerda, y los escalones de madera. Se despliega en la baja mar, y se retira al interior del edificio, cuando las olas cubren la roca. Las mugeres y los hombres que no están acostumbrados á esta manera de subir, se izan en una especie de silla, por una pequeña polea movable que sale por fuera de la puerta.

En el mes de diciembre, de 1810 se colocó la cámara del fanal trabajada de antemano y preparada en Edimburgo. Es una gran caja de hierro colado, de forma octógona, con vidrieras de cristal limado y cubierto de una cúpula de cobre, y encima una grande esfera dorada.

El 2 de febrero de 1811, apareció la luz del faro por primera vez. Se ve muy claramente á la distancia de seis y aun de siete leguas marinas, cuando la atmósfera está despejada. Es alternativamente roja y blanca. Este doble color lo producen unos vidrios, que están algunos teñidos de encarnado. Esta precaucion tiene por objeto impedir que los marinos confundan la luz del faro con cualquiera otro fuego de la orilla. En fin el aro en que están fijas las lámparas es móvil, y gira sobre sí mismo; de suerte que los dos colores relucen sucesivamente. Hasta entonces los marinos habian mirado como imposible obtener fuegos rojos; pero M. Carlos Dupin, de quien tomamos estos pormenores, afirma que ha observado los fuegos del faro muchas veces, por la tarde, por la noche y por la mañana, con una oscuridad completa, y con la bella claridad de la luna, y que en ningun caso pueden confundirse esas dos especies de luz.

La luz blanca resplandece mas largo tiempo; su aparicion dura cerca de diez segundos. Su claridad al principio débil, crece poco á poco, resplandece un momento con el mayor brillo, y despues disminuye con la misma proporcion y regularidad; en seguida empieza á aparecer la luz roja; llega poco á poco á su mas grande intensidad, y desaparece lentamente para dejar lugar á la luz blanca.

Como último medio de advertencia para los marinos, dos

grandes campanas que pesa cada una cerca de mil docientas libras están sonando de día y de noche por medio del mecanismo ó máquina que hace girar las lámparas. Durante las nieblas, estas campanas pueden oírse muy distante de los límites de la roca.

En el remate del edificio hay una sala de observacion con un excelente telescopio. Tres guardas están siempre en Bell-Rock, y el cuarto en tierra. Cuando el tiempo permite las comunicaciones regulares, cada guarda permanece alternativamente seis semanas en el faro y dos en tierra.

Los guardas llevan un registro de las personas que visitan el faro. Nosotros lo hemos visitado como una cosa notable en nuestro viaje á Inglaterra, solo hemos encontrado notable en este algunos versos improvisados por Walter-Scott, que hemos traducido así:

¿Qué valen los escollos escondidos

En medio del desierto de los mares?

Por bienhechora lumbre conducidos,

Olvidan los marinos sus pesares.

Luciendo allá á lo lejos dulce faro,

Ya aparece, ya suelta sus fulgores,

Y muestra luego su destello claro,

Cual del sol los brillantes resplandores.

Ora despide en brillador torrente

Olas de lumbre pálida, argentina,

Ora imita la luz resplandeciente

Y el color de la aurora purpurina,

De esos rayos en pos el navegante

Cruza las ondas de la mar inquieta

Y evita los escollos anhelante

Do pudiera estrellarse su corbeta.

Del mar bravío en la llanura inmensa,

De las rocas se burla y orgulloso

En medio de la sombra oscura y densa,

Desplegadas las velas boga ansioso,

Y el furor de las olas despreciando,

Hácia el puerto feliz va navegando.

En España tenemos ya en los principales puertos faros, algunos de ellos tan hermosos como los que se ven en los puertos de Francia y de Inglaterra, y en varios puntos se están construyendo hoy día. En Alicante hace un año acaba de construirse uno por la junta de comercio de aquella ciudad, faro sencillo pero que es de gran utilidad para los buques que se dirigen á aquel puerto que está llamado por su posición á ser uno de los principales del Mediterráneo.

